

Por último, como coronamiento y remate, terminamos con un *Espejismo histórico-bibliográfico* de escritores de nuestra Península, que exprofeso ó por incidencia han tratado de *Filosofía ó Moral médicas*.

Si esta humildísima labor, con sus lagunas y otros defectos, puede contribuir en algo á difundir en nuestra clase los verdaderos principios, sin los cuales la ciencia médica carece de sólida base, quedarán holgadamente recompensadas nuestras más ardientes aspiraciones; y si alguien conceptuara nuestro modesto trabajo cual informe mezcotanza de añejo y moderno, contestaremos, que no siendo nosotros jueces competentes en la materia, apelamos al tribunal de las personas sensatas, no sin protestar del buen intento que ha presidido á su publicación (1).

(1) Para la traducción nos hemos servido del original italiano titulado *Catechismo medico, ossia sviluppo delle dottrine che conciliano la Religione colla Medicina, di Monsignor A. A. Scotti, arcivescovo di Tessalonica, già precettore di S. M. Siciliana, etc., etc.*; edición de Nápoles (año 1845); habiendo dejado sin traducir tres capítulos, que hemos considerado en parte anticuados y en parte poco pertinentes á la índole de este *Cuestionario*.—Los pasejes ó textos bíblicos, muy numerosos en la obra de Scotti, los hemos tomado literalmente de la traducción española hecha de la Vulgata latina por el Ilmo. Torres Amat.—Cúmplenos consignar aquí que una Revista de esta capital, *El Sentido católico en las ciencias médicas*, apreciable periódico que vió la luz pública desde 1879 á 1888, publicó en nuestra lengua el *Catechismo* de Mons. Scotti; pero á no engañarnos, dicha versión lo fué de otra del Scotti en lengua francesa, y faltan además en ella cinco capítulos del original. En obsequio de la verdad tan sólo, y sin ánimo de zaherir á nada ni á nadie, ni mucho menos hacer alardes de cierto género que no tenemos por costumbre, diremos que la mentada traducción efectuada por el *Sentido católico*, aun pasando por alto numerosísimas erratas que contiene, aparece con frecuencia demasiado libre, no siendo en muchos puntos fiel expresión del original ni de la verdad (ignorando si esto depende de dicha versión del referido periódico, ó de la versión francesa); y si á menudo hemos seguido en nuestra traducción algunos de sus términos y conceptos, ha sido únicamente de aquellos que nos han parecido ser los más apropiados al caso, y por tanto casi insustituibles. Pero nos conviene manifestar también, que en este libro hallará el lector dos capítulos sumamente interesantes del original, que no constan en la versión de *El Sentido católico*, conviene á saber, los trece y catorce de la parte segunda, intitulados: *Reglas higiénicas útiles á la Religión, que el médico puede inculcar para prevenir las enfermedades*, el primero; y *Servicios que el médico puede prestar á la Religión ratiocinando sobre la eficacia de la Medicina y sobre la resignación á la divina voluntad*, el segundo (a).

(a) Señalamos con un asterisco todas las adiciones y reformas más notables hechas de nuestra parte á la obra de Mons. Scotti, así en el texto como en las notas; y cuando se trata de un capítulo entero puesto en sustitución á otro del texto original, ó añadido al mismo, el asterisco está colocado en la margen del título del capítulo correspondiente.



PRIMERA PARTE

DE LOS BENEFICIOS QUE LA MEDICINA HA RECIBIDO DE LA RELIGIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Dios es el primer autor de la Medicina

Opinión de los gentiles.—Enseñanzas de la Religión cristiana.—Prueba sacada de los primeros monumentos del arte.—Cómo Dios suministra á la Medicina los medios de curar.—Cómo contribuye á su éxito.

I.—**Opinión de los gentiles.**—Es un hecho digno de nota el feliz acuerdo que en mi sentir reinara, entre antiguos filósofos y mitólogos, en el esencial punto de mira de atribuir á la Divinidad, como manantial de todo bien, las más sabias y útiles invenciones, y muy especialmente la Medicina, digna de ocupar en jerarquía el primer grado (1).

En efecto; Hipócrates refiere ya en sus escritos haber sido tal institución considerada *Arte digno de Dios* (2) y *don de su Providencia* (3); y Herófilo, según atestigua Escríbonio Largo (4), dejó consignada igual sentencia. El príncipe de la elocuencia romana, Cicerón, intituló la Medicina, *un Arte consagrado á la invención de los dioses* (5); y Galeno confirma haber sido ésta justamente *la opinión de todos los siglos* (6).

(1) Menander. Piscat. ap. Stob., p. 749. Francfort, 1581.—Séneca, *Epist.* XC pág. 574 Amberes, 1605.

(2) *De Veteri Medicina*, pág. 13, tom. I. *Oper.* Génova, 1657.

(3) *Epist. ad Abderitas*, pág. 15, tom. I. *Op. Gén.* 1657.

(4) *Epist. preliminar.*, lib. de Compos. medicament., pág. 142. Venecia, 1547.

(5) *Quest. Tuscul.*, lib. III, c. 1.

(6) *Introductio ad Script.*, pág. 360, tom. II, París, 1679.

Ni les va en zaga Quintiliano, quien al dar razón de este universal sentir, atribúyelo á haber sido reconocida siempre la Medicina como una ciencia *absolutamente fuera del alcance de las fuerzas del humano entendimiento* (1). Ahí está, pues, descifrada la clave del enigma de que el período primitivo de la Medicina, por otro nombre *mitológico*, se pierda en lo más oscuro de la noche de los tiempos; de que su ejercicio se atribuya exclusivamente á diversas deidades del Egipto y de la Grecia (2), y de que en época ulterior se llegara hasta á divinizarla, tributando los honores del apoteosis á sus más conspicuos profesores (3).

No siendo, empero, de mi incumbencia narrar la historia de semejantes despropósitos, me remito, para colmar los deseos de los curiosos, á los trabajos especiales que á esta materia consagraron Swarz (4), Wink (5), Hundertmarch (6) y Meibom (7).

II.—**Enseñanzas de la Religión cristiana.**—Explícita es ésta por modo incomparable sobre el mismo particular. Predilecta y misericordiosamente llamados del abismo de tinieblas á la admirable y majestuosa luz de nuestra angusta Religión, confesamos realmente nosotros que *toda sabiduría viene de Dios* (8), Arquetipo eterno de toda verdad.

Sabido, pues, que las ciencias y las artes tienen evidentemente por objeto la utilidad del género humano (9), no debemos abrigar duda alguna de haberlas recibido todas del *Padre de las luces* y del *Autor de todo bien, del cual descende toda dádiva preciosa y todo don perfecto* (10).

Ahora bien; si sabemos que la Medicina—cuyo fin se endereza á prolongar la vida precaviendo y curando las humanas dolencias—tiene á su servicio muchas ciencias y artes (11); si sabemos igualmente que es una *ciencia*, por cuanto establece un sistema racional de ver-

(1) *Declamat.* CCLXVIII.

(2) Sprengel, *Hist. pragm. de la Med.*, tom. I, secc. II, c. 1, § 2 y sigs. y capítulo iv, § 4 y sigs. Venecia, 1812.

(3) Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XXIX, c. 1.

(4) *De Esculapio et Hygiea Diis Philanthropicis.* Haltdorf, 1725.

(5) *De Diis Artis Medicæ inventoribus. In Amœnit. Philol. Med. Trajecti ad Rhenum.* 1730.

(6) *De Principibus Diis Artis Medicæ tutelaribus.* Leipzig, 1735.

(7) *De Incubatione in Deorum Fanis Medicinæ causa olim facta.* Amsterdam, 1659.

(8) *Eccli.*, 1, 1.

(9) Lactancio, *Instit. Divin.*, lib. III, c. xii.

(10) *Jac.*, 1, 17.

(11) Hoffmann, *Oper.*, tom. I, lib. III, sect. 1, c. 1, pág. 235 y sigs. Génova, 1761.

dades deducidas, unas de las leyes generales de la naturaleza, y otras de los hechos recogidos por la experiencia (1); y á la par un *arte*, por cuanto deduce un sistema de preceptos que proporcionan al hombre medios de curar á sus semejantes (2); ¿podremos dejar de convenir con el Sagrado Texto en que *toda medicina viene de Dios* (3)?

Con razón, pues, San Basilio el Grande no vacila en afirmar que *la Ciencia y el Arte médicas nos han sido concedidas por Dios, único y supremo gobernador de todo lo que existe* (4). En idéntico sentido se expresa San Agustín al decir: *Si alguien quisiere investigar el origen de la Medicina, no le será dable hallar otro que á Dios, á quien solo debe atribuirse la salud y el bienestar de todas las cosas* (5). El Sumo Pontífice San Gregorio califica de injusto é impío al que, restringiendo la acción de la Divina Providencia, niega que *Dios sea el autor de la medicina del cuerpo* y afirma que sólo lo es en lo que *atañe al alma* (6). Finalmente, por no añadir citas, terminaremos diciendo con el venerable San Macario, que *Aquel que forma á nuestro cuerpo de la tierra, da también á ésta los medios de curarlo, y al médico confiere justamente su empleo* (7).

III.—**Prueba sacada de los primeros monumentos del arte.**—La verdad que acabamos de exponer, la veremos maravillosamente atestiguada si pasamos al estudio de los más antiguos monumentos de la Medicina. Sin pretender, como los hebreos y los árabes, que dicha institución hubiese sido enseñada directamente por Dios á nuestro padre Adán (8), con todo, notoria cosa es que la salud, que es el primer anhelo del hombre, porque ella constituye el fundamento de su natural felicidad, debió despertar inmediatamente su interés. Legítimo es, pues, creer, que si bien en sus comienzos no sabría el hombre procurarse más que una alimentación grosera y tal vez nociva, cuidaría luego de sustituirla por otra más sana y mejor aderezada. Por donde con el anciano de Coos, podemos ya considerar á los que

(1) Sprengel, *Istit. di Medicina*, tom. I, Introd., pág. 9 y sig. Palermo, 1817.

(2) Plato in *Gorgia*, pág. 303. Lyon, 1590.—Aristot. *Ethic. ad Nicom.*, lib. I, capítulo I, pág. 3. *Oper.* tom. III, París, 1629.—Celso, *id Præfat.*, pág. 2 y sigs. Nápoles, 1818.

(3) *Eccli.*, xxxviii, 2.—Macoppe, *Aphorismi Medico Politici Centum*, aph. 1, pag. 15. Venecia, 1795.

(4) *Regul. fusius Disputat.*, *Quæst.* 55.

(5) *De Civit. Dei*, lib. III y XXII, c. xxiv.

(6) *Moral.*, lib. I, c. 16.

(7) Homil. XLVIII, *De perfecta fide in Deum.*

(8) V. Suidam, h. V. Marsilium Ficinum *in epist. LIV. Orat. de laud. Med.* pág. 735. París, 1641.

efectuaron estos cuidados, como los primeros médicos de la humanidad (1).

Por otra parte, aunque sea cierto que la inocencia y frugalidad preservarían al hombre de muchas enfermedades, no pudo, sin embargo, evitar otra multitud de males, cuando menos externos. Fué preciso, por tanto, obligado por el natural instinto de conservación, recurrir á varias tentativas para curarse de ellos. Ahora bien; aquellos que más se compadecían de los enfermos, y que á la par demostraban mayor idoneidad y especial acierto en el tratamiento de los mismos, es obvio que se hicieran de ello una profesión. He aquí, pues, el origen de la Medicina (2), la que aparece como consecuencia natural del empleo de aquellos recursos que el Criador depositara en la naturaleza para que el hombre recobrase la salud. ¿Cómo no reconocer, pues, en ella un origen celestial, considerando el fin á que se dirige, tan harmónicamente enlazado con los eternos principios de la razón (3)?

Y por último, si es cierto, al decir de Hipócrates, que al buen éxito del tratamiento coadyuvan la docilidad del enfermo y la solicitud de los que le asisten (4); no es menos evidente que estas dos virtudes proceden también de Dios, que impone á los enfermos el deber de someterse á las molestias del tratamiento, y á los sanos el de socorrer eficazmente á sus hermanos que sufren.

IV.—Cómo Dios suministra á la Medicina los medios de curar.—

Al prestar el médico los primeros auxilios al hombre postrado de la enfermedad, demostró cumplidamente que los debía al Supremo Autor del universo; puesto que, obligado á imitar á la naturaleza, aprendió de ella el *óptimo método curativo* (5). Y en efecto; sus primeros maestros fueron los brutos, á quienes el Criador dotara del instinto de inquirir los medicamentos adecuados para sus habituales dolencias (6). Aristóteles, Plinio y Helenio refieren cómo se aprendió del ciervo la propiedad del dictamo; del oso los beneficios que reportan

(1) *De Vet. Medicina*, pág. 13. Oper. tom. I, Génova, 1657.

(2) Leonardo de Capua, *Dell' orig. e prog. della Medic.* Nap. 1681.—Almeloveen, *Invent. nov. antiq. id est brevis enarratio ortus, et progressus artis Medicæ*—Bernier, *Saggio della Medicina*.—Castellano, *Vite illustr. Medic.* Amberes, 1677.—Blache, *Exquisse d'une histoire de la Medecine et Chirurgie*, trad. franc. Paris, 1798.—Le Clerc, *Hist. de la Med.*, tom. I, pág. 1.

(3) Stobæum, pág. 749 y sigs. Francfort, 1588.

(4) Aph., sect. I, aph. 1.

(5) Hoffmann, *De optimo curandi methodo*. Oper. tom. I, lib. III, Sect. 11, capítulo 1, pág. 105 y sig.

(6) Sprengel, *Histor. pragmat. de la Med.*, tom. I, pág. 28. Venecia, 1812.

las escarificaciones; de la cabra la abertura de los abscesos; del ibis la invención de las irrigaciones internas, y del hipopótamo el empleo de la flebotomía (1).

Queriendo Dios, finalmente, manifestar su poder, sabiduría y bondad por el concurso de todas las criaturas á los sublimes designios de su eterna presciencia, nos dice por boca del Eclesiástico: *El Altísimo es quien crió de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desechará. ¿No endulzó un palo las aguas amargas? La virtud de los medicamentos pertenece al conocimiento de los hombres, y el Señor se la ha descubierto para que le glorifiquen por sus maravillas. Con ellos cura y mitiga los dolores, y el boticario hace electuarios ó composiciones suaves, y forma unguentos saludables, y no tendrán fin sus operaciones* (2).

Como de perlas viene aquí citar aún la bellísima teoría de Orígenes sobre la misma cuestión. *Dios, criador del cuerpo humano, dice, previa bien que su extrema fragilidad le conduciría á toda suerte de padecimientos, así internos como externos, que le anonadarían por completo; por lo que en su paternal amorosísima previsión crió de la tierra los medicamentos, y dió á los hombres los conocimientos médicos indispensables; de suerte que al presentarse la enfermedad no faltase el oportuno remedio* (3). Y por otra parte, si va á decir verdad, las preparaciones de nuestros químicos, ¿qué otra cosa son acaso sino una cierta imitación de las que la misma naturaleza realiza en su secreto laboratorio, según las misteriosas leyes de su augusto y sapientísimo Autor (4)?

V.—Cómo contribuye á su éxito.—Sabido es que Reinhart dejó ya demostrado que los orígenes de la Medicina son evidentemente *sagrados* (5), y que Hecquet nos la presentó como salida de las manos de Dios y regulada según sus leyes (6): en su virtud, no me detendré más en este asunto, que doy por suficientemente discutido. Recordaré, sin embargo, que siendo Dios la causa universal y primaria de todas las cosas, dispone de todas sus criaturas como soberano; pero se reserva muy especialmente un imperio particular sobre la vida y muerte

(1) Baldit, *Speculum Sacro-Medicum*. Lyon, 1670. * Véase también: Fr. Esteban de Villa, *Segunda parte de simples incógnitos en la Medicina*. Burgos, 1654.

(2) Eccli., xxxviii, v. 4 y sigs.

(3) Homil. I in Ps. xxxvii, in princip.

(4) Hoffmann, *Op.* tom. I, lib. III, sect. II, c. 1, pág. 405 y sigs.

(5) *Dissert. De Medic. orig. sacris*. Turgovie, 1733.

(6) *Médecine Theologique, ou la Médecine créée telle qu'elle se fait voir ici sortie des mains de Dieu createur de la nature, et réglée par ses lois*. Paris, 1733.

del hombre, habiendo declarado en varios pasajes de la Biblia tener ambas cosas *en su mano* (1). Por donde cualquiera que sea el remedio empleado por el médico, de nada servirá sin la oculta influencia del Arbitro supremo de nuestra vida, quien por tal motivo ha sido proclamado con razón el *Regulador de la Medicina* y el que tan sólo puede asegurar sus efectos (2). He aquí por qué el angélico Doctor Santo Tomás de Aquino considera la Medicina como *causa secundaria* de la vida é *instrumento de la voluntad divina* (3). He aquí también por qué la Medicina, con preferencia á todas las demás profesiones, está bajo la dependencia de Dios, y el médico filósofo participa en algún modo de las operaciones de la Divina Providencia. Euardecido por esta idea Hipócrates, atrevióse á llamar al médico *el igual de Dios* (4).

Por lo que concierne á nosotros, considerando que el hacer bien al prójimo es cosa divina (5), y que la profesión médica ha sido patentemente instituida por Dios para dicha de los hombres, de modo que sería preciso ser enemigo del género humano para no estimarla en lo que vale (6), diremos, que en este sentido, y siguiendo el parecer del mismo Hipócrates, debemos mirarla como *institución divina* (7), ó bien, según frase de Juliano, como *bajada del cielo* (8). Y si, por fin, observamos que, *conforme á los designios de Dios*, suministra á la humanidad doliente aquellos socorros que ni las riquezas ni el poderío de los grandes de este mundo podrían procurarle (9), ¿cómo podremos dudar de que sea el supremo esfuerzo del amor al prójimo, y que no siga en esto los mismos impulsos de la Divinidad (10)?

(1) Eccli., xi, 14.—Job, xiv, 5.

(2) Macoppe, *Aph. Med. Polit. Cent.*, Aph. 1 y 4.

(3) Part. I, quæst. 117, art. 2.

(4) *De Decent. Ornat.*, pág. 123, tom. I, Op. Génova, 1657.

(5) Plinio, *Hist. Nat.*, lib. II, c. vii.

(6) Hipócr., *Præcept.*, § 5, pág. 27, tom. I.

(7) Hipócr., *Jusjurand.*, pág. 1, tom. I, Op. Génova, 1657.—Meibom, *Comment. ad Jusjur.* Leide, 1643.

(8) Epist. xxv, *Ind. Reip. Lex de Medicis.*

(9) Cassiodor., lib. IV, *Var. de Laud. Med.*

(10) Marsil. Ficin., lib. I, *epist. LXXX*, pág. 626 y 735. París, 1641.

CAPÍTULO II

La Religión prepara nuestro espíritu para el estudio de la Medicina

El temor de Dios es el principio de toda sabiduría.—El estudio de la Medicina lo requiere de una manera especial.—Médicos paganos célebres por su saber y por su probidad.—Las naciones más religiosas son las que mejor han cultivado la Medicina.—La Religión cristiana añade nuevos estímulos.—Los pueblos que han abandonado el Cristianismo no tienen institución médica.

I.—**El temor de Dios es el principio de toda sabiduría.**—He aquí una verdad repetida á menudo en las Santas Escrituras (1); y uno de los varios sentidos que la misma entraña (patrocinado por San Agustín y por otros varios expositores, entre ellos Cornelio á Lápide), puede expresarse así: El joven que teme á Dios, hállase real y verdaderamente en la mejor disposición de adquirir los más útiles conocimientos divinos y humanos (2).

Y cierto, sin este saludable freno, único con que pueden los jóvenes vencer las más violentas pasiones, se disipa y distrae su espíritu, quedando al fin inhabilitados para toda labor intelectual, y como abrumados bajo el peso de la sensualidad. Sujetos á tamaños desórdenes, ¿cómo podrán adquirir la *sabiduría*, para la que se necesita recogimiento, atención, paz, serenidad de espíritu é inocencia de alma; y que, según frase de Salomón, *no entra en un alma maligna?* (3). Una constante experiencia nos enseña, en efecto, que jóvenes religiosos y probos, de mediano talento y poquísimos medios, pero solícitos en el estudio, han llegado á ocupar los más elevados y honoríficos cargos; mientras que por el contrario muchos de sus compañeros maravillosamente dotados de ingenio y hasta mimados por la fortuna, pero víctimas de sus desórdenes, han muerto en lo más bello de la edad florida, ó han quedado inútiles para la sociedad (4).

II.—**El estudio de la Medicina lo requiere de una manera especial.**—Lo dicho va singularmente dirigido en orden á los que se apa-

(1) Psalm. cx, 9.—Prov., 1, 7, y cap. ix, 10.—Eccli., 1, 16.

(2) S. Agust., *De vera Relig.*, c. iii.—Lorin. in Psalm. cx, v. 9.—Cornel. á Lap. in Prov., 1, 7.—S. Agust., *De Civit. Dei*, lib. IX, c. xx.

(3) Sap., 1, 4.

(4) Bartoli, *L' uomo di lettere difeso, et emendato*, pág. 1, art. 1 y sig.

rejan al estudio de la Medicina, porque superando ésta en excelencia y en dificultades á todas las demás ciencias profanas (1),—toda vez que la vida y la salud son fundamento indispensable del bienestar del individuo y de la sociedad,—presupone ya en sus adeptos un alma ricamente adornada (2), por cuanto exige la más sostenida atención para recorrer el inmenso campo de sus enseñanzas (3); y un joven sin Religión y sin buenas costumbres gasta pronto sus fuerzas en la mollicie y en la lujuria (4), y, ó no pasa de la juventud, ó sale de ella encenque y enervado (5). Faltándole aquel vigor en los sentidos tan indispensable para el ejercicio de su profesión, ¿cómo podrá este joven dedicarse á la práctica de la Medicina? ¿Ni cómo podrá soportar siquiera las fatigas inherentes al estudio, los peligros de las disecciones anatómicas y los de infección en las clínicas?

III.—**Médicos paganos ilustres por su ciencia y probidad.**—Innumerables son los médicos que lograron juntar en sí el prestigio de la ciencia y la aureola de la virtud. Más adelante veremos cuán prolijo sea el catálogo de los médicos cristianos que merecieron el honor de los altares; y concretándonos ahora únicamente á los paganos, preguntaremos: ¿No tenemos por ventura á *Hipócrates*, calificado de *hombre venerable* á causa de sus costumbres (6)? Existe un monumento de su espíritu religioso en su famoso *Juramento*, que encierra toda la moral de su Escuela (7). Cítase, además, al médico Dafno, de Éfeso, no menos notable por su ciencia que por sus costumbres (8). *Zenon*, de Alejandría, igualmente célebre por sus conocimientos médicos, su modestia, mansedumbre y sobriedad (9); *Jamblico*, de quien se hace el mismo elogio (10); y, finalmente, se cita á *Erasistrato*, quien tenía por máxima que nada había tan bello como un médico reuniendo en sí la doble perfección de la ciencia y de la moralidad (11).

(1) S. Basil., *Epist. LXXX, ad Eust. Med.*

(2) Boerhaave, *De Method. stud. Med. cum not. Haller.*, P. XV. tit. 11, pág. 461 y siguientes. Venecia, 1753.

(3) Sennert., *Method. disc. Med.*, pág. 3 y sigs.—Vulpes, *Orat. pro solemn. studiorum instaurat. Collegii Medico-Chirurgici*, pág. 6 y sig. Nápoles, 1817.

(4) In *Præfat.*, pág. 1. Nápoles, 1818.

(5) Ciceron., *De Senect. c. v, segm. 14.*

(6) Soran., *Vit. Hippocr.* pág. 1, tom. II. *Oper.* Génova, 1657.

(7) *Oper.* tom. I, pág. 1. Génova, 1657.—Meibom. in *Hip. Ius.*, pág. 2 y sig. Leiden, 1643.

(8) Athen. *Dipnosoph.*, lib. I, pág. 2. Lyon, 1556.

(9) Julian., *Epist. ad Zenonem Alexandrinum.*

(10) Leontius, *Schol. in Jambl. Epigr.*, lib. IV, pág. 488. Francfort, 1600.

(11) S. Soran. *Ephes.*, lib. I. *Isagog.* In *medicis Antiquis*, pág. 159. Venecia, año 1547.

IV.—**Las naciones más religiosas son las que mejor han cultivado la Medicina.**—Echando una ojeada retrospectiva sobre los pueblos de la antigüedad, obsérvase que las ciencias médicas han progresado en proporción de sus prácticas religiosas. Así el Egipto, por ejemplo, que estaba imbuido de las más ridículas supersticiones (1), se aplicó tanto al estudio de la Medicina, que mereció ser llamado *el país de los médicos* (2). El título de mayor gloria para un médico era el de poder ser llamado *egipcio* (3). La historia pondera la simplicidad de los remedios que empleaban (4), así como la institución de las especialidades (5), con prohibición absoluta á los médicos de ingerirse en las atribuciones de sus compañeros (6).

Lo mismo puede decirse de la Grecia. En este país clásico de las falsas divinidades (7), se cultivaba maravillosamente la Medicina (8), y en él se abrió la primera escuela de Medicina de que se tiene noticia (9). El pueblo de Crotona, que honró con tanta magnificencia á sus dioses (10), adquirió singular renombre por el incremento que supo imprimir á las ciencias médicas (11). Los primeros médicos que tuvo la China se cree que fueron procedentes de la Grecia (12); pero sea como fuere, es notorio que en este vasto imperio se profesa por la Medicina un culto tan fanático como el que se profesa por los ídolos (13).

V.—**La Religión cristiana añade nuevos estímulos.**—Con lo expuesto creemos suficientemente demostrada la influencia de la Religión en los progresos de la Medicina, por cuanto es evidente que volviendo aquélla el humano corazón más sensible á las miserias del prójimo, muévele por lo mismo á aliviarle. Y si esto es así, ¿cuál mejor que la

(1) Vogel, *Sulla Religione degli antichi Egiziani*. Jablonski *Pantheon Ægypt.* Gatterer, *De Theogonia Ægyptiorum*. Comment. Societ. Gotting. Volum. VII.

(2) Herodot., lib. III, c. LXXXIV, pág. 170.—Plutarch., *Quod bruta ratione utantur*, pág. 991.

(3) Homer., *Odiss.*, lib. IV, c. 230. Isocrat. *Enc. Bus.*, pág. 348. Londres, 1672.

(4) Herodot., lib. II, c. LXXXV, pág. 169.

(5) Diodor., *Sic. Bibl.*, lib. III, c. LXXIV, p. 86.—Isocrat. *Enc. Bus.*, pág. 394. Londres, 1672.

(6) Act. Apost., xvii, 22.

(7) Celso, in *Præf.*, pág. 1. Nápoles, 1818.

(8) Galen., *Com. in L. de Nat. Hum.* pág. 2 y 2 in L. III, *Epid.*, pág. 407.

(9) Polyb. *Hist. 2.* Pausan. 6 Val. Max. viii, 16.

(10) Herodot., lib. III, c. cxxxii, pág. 210.

(11) Gaubil, *Hist. de l'Astronomie Chinoise*, tom. I, pág. 118, 134. Paw. *Recherches sur les égypt. et les chinois*, tom. II, pág. 26.

(12) Sprengel, *Hist. pragmat. de la Med.*, 1.ª parte, secc. II, c. vii, pág. 214. Venecia, 1811.

(13) Hipócr., *De loc. in hom.* tom. I, pág. 408. Génova, 1657.

Religión cristiana para inspirar semejantes sentimientos? Si el médico debe ante todo inquirir el origen de las enfermedades, y los remedios más seguros para curarlas (1), ¿qué Religión habrá mejor que la nuestra que pueda ilustrarle sobre su primera causa (2), y sobre la más fácil manera de curarlas, especialmente cuando son fruto de una vida desordenada (3)? Si además de ciencia se quiere ver en el médico un celo desinteresado para salvar á los enfermos (4), para hacerles recobrar la salud, como se dice, del modo más seguro, pronto y agradable: *cito, tuto et jucunde* (5), ¿quién podrá excitar este celo y desinterés como el Cristianismo, que ha establecido el reinado de la caridad sobre la tierra? Finalmente, si el verdadero médico no es aquel que ejerce su profesión sólo por el vil interés (6), sino el que, desconfiando de sí mismo, sabe pedir consejo en los casos dudosos (7), y trabaja con todas sus fuerzas para promover la privada y pública felicidad (8), ¿dónde encontrará una religión que como la nuestra le diga: *sé generoso y humilde*, y que como ella tanto desee la felicidad de los hombres? Debemos inferir, pues, de todo esto, que únicamente una Religión revelada por el Arbitro supremo de la vida y de la muerte, puede poseer los más fuertes estímulos para los que han de emprender el estudio de la ciencia y arte de prolongar la vida, y de hacerla lo más feliz posible (9).

VI.—Los pueblos que han abandonado el Cristianismo no tienen institución médica.—Al objeto de citar algunos hechos para demostrar esta verdad, séame permitido echar una mirada sobre los pueblos que se han apartado de la fe cristiana. ¿Qué ha sido de la gloria de la Caldea, de la India (10), del Asia Menor y de tantas otras naciones que tan grande celebridad habían adquirido en la Medicina (11)? La

(1) Hipócr., *De loc. in hom.* tom. I, pág. 408, Génova, 1657.

(2) Sap., II, 24.—Ad Rom., v, 12.—S. Agust. *De Civ. Dei.*—S. Basil. in Hexaem. Homil. II, *circ. Med.*

(3) Eccli., xxvii, 15.—Cornel. á Lap. in l. c.

(4) Guigon, Carthus. *Medit.* c. xvi, in Max. *Bibl. PP.* tom. XXII, pág. 1173. Lyon, 1677.

(5) Asclep. apud Cels. *Med.*, lib. III, c. iv, pág. 94. Nápoles, 1818.

(6) Galen., *De plicat. Hip. et Plat.*, lib. IX, *cap. Lib. qui optim. Med. sit et Philos. et prim. Matth.*

(7) Hipócr., *Præcept.*, pág. 57. *Op.* tom. I. Génova, 1657.

(8) Humbert., *De Romanis de modo cudendi sermon.*, lib. II, c. LXVI, ad stud. in Medicina.

(9) Baldit., *Speculum Sacro-medicum Octogonum*, append. I, p. 34 y sig.

(10) Sprengel, *Hist. Pragm.*, tom. I, secc. 2.

(11) *Memoire de l'Academ. d'inscr. et bel. Lettr.*, tom. IV, pág. 665. T. p. y sig. Mead. *De Num. à Smyrn. in Medic. honor. percuss.* Londres, 1726.

Grecia, precisamente por ser esclava de los enemigos del nombre cristiano, se ve obligada hoy día á enviar su juventud á nuestras universidades. ¿Qué ha sido de la fama del viejo Egipto, donde aflúan antiguamente los extranjeros para aprender la Medicina (1)? ¿En qué parte del Africa se encontrarían vestigios de ésta ni de otra ciencia alguna?

Los árabes han cultivado la Medicina, es verdad, pero no pudieron llegar jamás á la perfección, á causa precisamente de las preocupaciones del Mahometismo (2); al paso que la joven América, inundada de las luces del Evangelio, cultiva hoy día con gran éxito la Medicina y todas las otras ramas del humano saber, y con frecuencia comunica nuevos descubrimientos á sus viejos maestros de Europa.

CAPÍTULO III

De lo mucho que la Medicina debe á los ministros de la Religión

Por qué la medicina era ejercida antiguamente por los sacerdotes.—Esta costumbre, entonces universal, se redujo después á algunos pueblos.—Conocimientos médicos del pueblo hebreo.—Clérigos y monjes médicos.—Leyes de la Iglesia acerca de este punto.—Cuánto importa á los sacerdotes tener nociones de Medicina.

I.—Por qué la Medicina era ejercida antiguamente por los sacerdotes.—Es digno de llamar nuestra atención el hecho de que en la antigüedad el ejercicio de la Medicina estuviera exclusivamente confiado á los sacerdotes. Las razones que varios escritores han alegado acerca de esta universal costumbre, son las siguientes: Hacen notar, en primer término, que los sacerdotes eran casi los únicos que poseían el grado de ciencia y probidad indispensable á los que están destinados á aliviar á la humanidad doliente; motivo en cuya virtud fué considerada la Medicina como una *ciencia sagrada* (3). En segundo lugar, refieren que los dioses eran universalmente considerados como los árbitros de los negocios humanos, viéndose en su cólera la

(1) Dairval de Baudelot, *L'utilité des voyages*, pág. 19 y sig. París, 1693.

(2) Leonardo da Capua, *Ragion I*, pág. 37 y sig. Nápoles, 1681.—Portal, *Hist. de l'Anatomie et Chirurgie*, P. I, c. II.

(3) Reinhart., *De Med. Orig. Sacr.*, Torgav. 1733.